

---

# LA MUJER CATÓLICA.

---

## PRIMERA PARTE.

### NECESIDAD DE OCUPARSE DE LA MUJER

BAJO EL PUNTO DE VISTA CATÓLICO.

---

§ I.—Admirable designio del Criador en haber formado á la mujer más fuerte que el hombre en el orden moral, y al hombre más fuerte que la mujer en el orden físico.—El poder de la mujer sobre el hombre, para el bien y para el mal, señalado por la Escritura.—La manera bárbara con que la mujer es tratada en ciertos países es una prueba de este mismo poder.

Los seres que forman la familia, lo mismo que los que forman el Estado y los que forman el Universo, no pueden llenar sus funciones ni conseguir su fin sino en tanto que el orden existe entre ellos, y el orden no puede existir entre ellos sino por el equilibrio de las fuerzas y de los poderes. Era, pues, necesario que el hombre y la mujer, seres de la misma naturaleza y de la misma especie, pero tan diferentes el uno del otro por sus cualidades y sus condiciones, pudiesen equilibrarse y armonizarse entre sí. Esto fué lo que hizo la sabiduría del Criador al formar á la mujer tanto más poderosa que el hombre por sus atractivos y sus gracias, cuanto el hombre es más poderoso que ella por la fuerza y la autoridad.

En efecto, la mujer, más débil que el hombre como ente físico, es más fuerte que el hombre como ente moral. De derecho, el hombre es quien debe mandar á la mujer, supuesto que es su superior:

*Sub viri potestate eris, et ipse dominabitur tui* (*Genes.*, III); pero de hecho la mujer consigue cuasi siempre atraer al hombre á su voluntad, imponerle áun sus mismos caprichos y dominarle. Aun cuando sea él tan perfecto como Adán, tan fuerte como Sansón, tan astuto como Sísara, tan piadoso como David, tan sabio como Salomón y tan feroz como Holofernes, acaba cuasi siempre por dejarse arrastrar por la mujer, por someterse á ella y obedecerle, y áun puede llamarse feliz cuando no se hace el juguete de ella (1).

Es verdad que se ven muchos hombres que tiranizan á sus mujeres; pero esto no sucede ordinariamente sino, cuando habiendo caído bajo el yugo de otras mujeres por una culpable y vergonzosa pasión, son á su vez tiranizados por ellas y hechos sus miserables esclavos.

El hombre, como poder independiente, considerado frente á frente de la mujer, depende de ella más de lo que cree. Á pesar de darle sus órdenes, cede, sin aperebirse de ello, á su ascendiente, y sufre su dominación; y de aquí nace ese fenómeno moral que todo el mundo, y áun la Iglesia misma, reconoce como un hecho incontestable, de que la moralidad ó la inmoralidad de la mujer se reproduce más fácilmente en el hombre, que la moralidad ó la inmoralidad del hombre en la mujer (2).

Este inmenso y terrible poder moral de la mujer sobre el hombre, para modificarlo segun su modo de pensar, y hacer que él sea lo que ella es, lo ha consignado la Escritura Sagrada en los térmi-

(1) El mismo Rousseau, que, como todos saben, no aborrecía á las mujeres, consigna el poder de la mujer moderna sobre el hombre con estas palabras: «Yo lo he dicho con respecto á las mujeres, y ahora lo digo con relacion á los hombres. Éstos se resienten tanto y más que ellas de su íntima comunicacion; las mujeres no pierden con ella más que sus costumbres, y nosotros perdemos nuestras costumbres y nuestra constitucion; porque este sexo, más débil, no pudiendo adoptar nuestro modo de vivir, demasiado penoso para ellas, nos fuerza á tomar el suyo, demasiado muelle para nosotros; y no queriendo sufrir la separacion ni pudiendo convertirse en hombres, acaban por convertirnos en mujeres.» (Rousseau á M. d'Alembert.)

(2) Se sabe que la Iglesia dispensa más fácilmente el *impedimento* que resulta de la *disparidad del culto* cuando se trata del matrimonio entre una mujer católica y un hombre protestante, que cuando se trata del matrimonio entre una mujer protestante y un hombre católico, y que lo mismo sucede cuando se trata del matrimonio entre un cristiano y un infiel.

nos más claros y más enérgicos; porque ved aquí lo que se lee en ese código divino, regla suprema de todos los pensamientos y de todas las acciones humanas:

«El hombre se hace malo por un reflejo de la maldad de la mujer (1).

» El vino y las mujeres han hecho apostatar á los hombres más sabios (2).

» Es ménos peligroso encontrarse con un león ó con un dragon en su misma cueva, que habitar con una mujer mala en una misma casa. Habitar con una mujer tal, es tener en la mano un escorpión (3).

» El hombre que tiene una mujer mala, tiene una llaga en el corazón (4).

» El pecado comenzó por la mujer y por la mujer morimos todos (5).

» Toda maldad es una cosa muy pequeña en comparacion de la maldad de la mujer cuando ella es mala (6).

» La mujer ha despreciado muchos hombres despues de haberlos herido; los hombres más fuertes han sido muertos por ella (7).

» ¡Oh, cuántos han perecido por la belleza de la mujer! Por ella se inflama la concupiscencia y hace tantos estragos como el fuego (8).

» Vale más al hombre ser malo que tener una mujer que le haga bien con el fin de llenarle de oprobios (9).

(1) «A muliere iniquitas viri.» (*Eccl.*, XLII.)

(2) «Vinum et mulieres apostatare fecerunt sapientes.» (*Eccl.*, XXV.)

(3) «Conmorari cum leone et dracone placuit, quam habitare cum muliere nequam. Qui tenet mulierem nequam, quasi qui apprehendit scorpionem.» (*Ibid.*, XXV.)

(4) «Plaga cordis mulier nequam.» (*Ibid.*, XXVI.)

(5) «A muliere initium peccati, et per illam omnes morimur.» (*Ibid.*, XXV.)

(6) «Brevis omnis malitia super malitiam mulieris.» (*Ibid.*)

(7) «Multos vulneratos dejecit; et fortissimi quique interfecti sunt ab ea.» (*Prov.*, VII.)

(8) «Propter speciem mulieris multi perierunt; et ex hac concupiscentia quasi ignis exarsit.» (*Eccl.*, XI.)

(9) «Melior est iniquitas viri quam mulier beneficiens, et mulier confundens in opprobrium.» (*Eccl.*, XLII.)

Finalmente, la Escritura Santa nos representa á Job quejándose de que la mujer habia seducido su corazon (1), y el mismo sagrado libro nos manifiesta el corazon de Salomon seducido y arrebatado por las mujeres (2).

Pero, segun el mismo código divino, la mujer religiosa y honesta es tan poderosa para el bien como la mujer sin religion ni pudor lo es para el mal.

« La bondad de la mujer, dice tambien la Escritura Santa, hace al hombre bueno, y por consiguiente, dichoso, y duplica los dias de su vida (3).

» ¡Oh, cuán rica herencia es tener una mujer buena! Esta es la mayor recompensa que el hombre puede recibir en la tierra por sus acciones virtuosas (4).

» La mujer santa y honesta es la gracia añadida á la gracia; no hay tesoro alguno que equivalga á la castidad de su alma (5).

» La belleza de la mujer buena regocija y embellece su casa, como el sol al nacer regocija y embellece al Universo. Es una lámpara colocada sobre un santo candelabro, que esparce en torno suyo el resplandor de la santidad (6).

» Á la manera que los cimientos de un edificio fundado sobre un terreno sólido son eternos, así tambien los mandamientos de Dios en el corazon de una mujer santa son incontrastables (7).

» La esposa diligente es la corona de su esposo, así como la esposa que ejecuta acciones vergonzosas es la corrupcion en sus huesos (8).

» La mujer sabia edifica de la nada su casa; mas la mujer insen-

(1) « Deceptum est cor meum super mulierem. » (*Job.*, xxxi.)

(2) « Depredatum est cor ejus per mulieres. » (*Reg.*, iii, xi.)

(3) « Mulieris bonæ beatus vir; numerus annorum illius duplex. » (*Eccl.*, xxii.)

(4) « Pars bona mulier bona; dabitur viro pro factis bonis. » (*Ibid.*, xxvi.)

(5) « Gratia super gratia mulier sancta et pudorata; omnis ponderatio non est digna continentis animæ. » (*Ibid.*, xxvi.)

(6) « Sicut sol oriens in mundo, sic et mulieri bona in ornamentum domus ejus. Lucerna splendens super candelabrum sanctum. » (*Eccl.*, xxvi.)

(7) « Fundamenta æterna supra petram solidam, et mandata Dei in corde mulieris sanctæ. » (*Ibid.*, xxvi.)

(8) « Mulier diligens corona est viro suo; putredo in ossibus ejus quæ confusione digna gerit. » (*Prov.*, xii.)

sata, lejos de edificar una casa que no existe, destruye con sus manos la que existe ya (1).

» El hombre que encuentra una mujer buena, encuentra el verdadero bien, y este bien le proporcionará el gozo del Señor (2).

» No os separais de la mujer buena y santa que os ha cabido en suerte, en el temor del Señor; porque la gracia de su pudor vale todo el oro del mundo » (3).

Ved aquí, pues, segun la Escritura Santa, lo que la mujer es, lo que vale y lo que puede respecto al hombre, segun que es buena ó mala, religiosa ó impia.

En ciertas regiones de la Tartaria la mujer permanece atada á la puerta, con una larga y pesada cadena de hierro, lo mismo que un mastin; pero con la diferencia de que al perro se le suelta de noche, pero á la mujer nunca. Esto consiste, dicen ellos, en que en aquellos países la mujer procura continuamente escaparse de la casa y abandonar á su marido y á sus hijos para ir á venderse á otro señor.

En la China se encierran los piés de la niña que acaba de nacer en unos zapatos de hierro, para impedir que crezcan y se desarrollen en proporcion al resto del cuerpo; de modo que las mujeres de aquel país tienen los piés tan pequeños, que puede decirse que no tienen piés, y que más bien cojean que andan. Á este rasgo de barbarie se ha unido la idea de una belleza exterior, capaz de lisonjear la vanidad de las mujeres y de indemnizarlas algun tanto de este suplicio de toda su vida. La mujer de la China es tanto más bella cuanto más pequeño tiene el pié. Pero la verdadera razon de tullir así á la mujer es el deseo de sujetarla en casa y de impedir « que lleve su corazon á otra parte. »

Entre los indios, cuando el marido llega á morir debe su mujer sufrir la misma suerte. Se la arroja viva en la misma hoguera donde se echa el cadáver del difunto, para que se quemem los dos juntos. Á esta horrible costumbre se ha unido tambien una idea

(1) « Sapiens mulier ædificat domum suam, insipiens extractam quoque manibus destruet. » (*Prov.*, xviii.)

(2) « Qui invenit mulierem bonam, invenit bonum et hauriet jucunditatem à Domino. » (*Ibid.*, xviii.)

(3) « Noli discedere à muliere sancta et bona quam sortitus es in timore Domini: gratia enim verecundiæ illius super aurum. » (*Eccl.*, vii.)

religiosa. Se ha persuadido á las mujeres que sacrificándose de este modo van más pronto al cielo y sus esposos tambien. Pero, segun lo que un sabio de aquellos malhadados países ha dicho á uno de nuestros misioneros, la verdadera razon de estas hecatombes atroces es que, entre los indios, la mujer tiene una gran propension á envenenar á su marido, y que no hay otro medio para librar al marido de las asechanzas de su mujer que el de hacer á la mujer responsable de la vida de su marido, obligándola á morir con él.

Dios nos libre de aprobar esa legislacion infernal, ese horrible abuso del poder del hombre sobre la mujer. Pero no deja de ser cierto que semejantes excesos contra la naturaleza encuentran, si no una excusa, al ménos un pretexto en la maldad de la mujer que no está inspirada por la verdadera religion, ni gobernada por leyes santas.

Muchos autores han escrito acerca de la mujer, pero animados de sentimientos opuestos. Los unos han hecho de ella un ángel y los otros un monstruo. Segun los pasajes de los libros santos que hemos citado, los unos y los otros tienen razon. Puede decirse de la mujer lo que se ha dicho de la lengua: «Nada hay peor, nada hay mejor que ella.» La mujer es un monstruo cuando nó es un ángel. Pero el hecho es que ella no ha sido ni será jamas un ángel fuera de la verdadera religion. Fuera de esta religion, la mujer, corrompida, oprimida y degradada por el hombre, le devuelve duplicado el mal trato que de él recibe; ella le corrompe, le degrada á su vez, y procura oprimirle; ella le hace bárbaro, porque la barbarie no es otra cosa que el estado en que el hombre y la mujer, corrompiéndose mutuamente, se degradan, para acabar por oprimirse el uno al otro.

§ II. — Mision de la familia; la mujer lo es todo en ella. — La influencia de la religion y de la moralidad de la mujer tiene un poder inmenso sobre la moralidad de la familia y del Estado. — Esta verdad ha sido reconocida y consignada aun por la sabiduría pagana. — Horacio atribuye la ruina de Roma á la corrupcion de costumbres de las mujeres.

Si tal es el poder moral de la mujer con respecto á su esposo, es mil veces mayor con respecto á sus hijos y á sus domésticos.

El sabio y piadoso abate M. Gaume, en su preciosa obra titulada *Histoire de la Famille* (1), dice: «Lo que la raíz es al árbol, la fuente al rio y la base al edificio, es la familia al Estado y á la Iglesia; de manos de la familia recibe aquél sus conciudadanos y ésta sus hijos.

» En un sentido más íntimo y por una razon más profunda, la familia debe ser llamada la más importante de las sociedades. Formar al hombre tal como es y tal como será, ¿no es preparar infaliblemente la gloria ó la vergüenza, la ventura ó la desgracia del mundo? Tal es la terrible mision de la familia.

» Si preguntamos á Aquel que ha establecido los estados y fundado la Iglesia, cuál es el fin de ellos, su infalible oráculo nos da esta luminosa respuesta: El fin de todas las obras de Dios es la santificacion del hombre. *Hæc est voluntas Dei, santificatio vestra.* (I, *Thess.*, IV.) Fin sublime, en el cual se comprenden á un mismo tiempo la ventura y el modo de obtenerla.

» So pena de caer en los más funestos errores, la filosofia humana se ve obligada, despues de tantos ensayos, á aceptar como un axioma esta conclusion final de la fe; no se disguste por ello el materialismo ciego de nuestro siglo: *La santificacion del hombre* es el último fin de todas las cosas.

» La familia, asociada á la paternidad misma del Criador, ha recibido el poder de engendrar seres á su semejanza, seres capaces de participar un dia de la naturaleza divina: *Divinæ consortes naturæ.* (II, *Petr.*, I.) ¡Oh familia, oh sociedad misteriosa y sagrada! ¡Cuán grande eres á los ojos de la razon, cuán respetable á los ojos de la

(1) Esta es, á nuestro modo de ver, como lo hemos dicho diez años há, una de las obras más útiles y más importantes que han aparecido en este siglo; y no podemos comprender cómo se halla tan poco extendida y tan poco apreciada del clero en el país mismo que la ha visto nacer. Á excepcion de su largo prólogo, que su ilustre autor va á acortar en una nueva edicion que está próximo á dar, es una obra perfecta, y la más á propósito para dar á conocer la necesidad y la importancia del catolicismo en sus relaciones con la perfeccion de la familia, con la civilizacion y la felicidad del Estado. Este es, á nuestro modo de ver, el libro de familia por excelencia, digno de ocupar en una biblioteca de familia el primer lugar despues de la Escritura Santa y del Catecismo, y de formar parte del ajuar de una mujer casada. Ella aprenderá en él la grandeza de su dignidad, la importancia de su mision y la extension de sus deberes. Ciertamente que no podria hacérsele un regalo más precioso.